

El escritor de  
**CHUECA**

Un pacto de corazones  
rotos donde todos  
son culpables

Camilo Cerón

Copyright©2024 Camilo Cerón

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Primera edición, diciembre 2024

*A quienes han hecho de mí un escritor.*

*A mi madre que fue la que me hizo.*

*A los que me rompieron el corazón, ya que de ahí brotó esta  
historia.*



*El deseo, al final, era una enfermedad, o una locura, o ambas cosas. Me hice desatento a las vidas de los demás. Tomaba el placer donde me placía y seguía de largo. Olvidé que cada pequeña acción de cada día, hace o deshace el carácter, y que, por lo tanto, lo que uno ha hecho en la cámara secreta, lo tiene que vocear un día desde los tejados.*

*De Profundis, Oscar Wilde.*



# PRELUDIO

En aquellos años, antes del final de una década que daría pie a otra que cambiaría al mundo entero, una serie de crímenes invadieron las calles de Chueca, el barrio más abierto de la ciudad. Fue una serie de asesinatos tan atroces y rebuscados, que no dejaron indiferente a nadie que tuviera acceso a sus gráficas consecuencias. Crímenes cuyo origen sigue siendo un misterio para los medios, pues la respuesta que se dio, fue aquella que albergaba el bien común para todos. Sin embargo, para todo aquel que realmente tuviera interés en conocer la verdad la sabría en primera persona con tan solo tener comprensión lectora.

El silencio de aquellos protagonistas fue la mejor forma de complicidad con la que aquel burdo asesino pudo contar. Encontró en un grupo de jóvenes atractivos, diversos y fluidos, con personalidades dispares y miedos arraigados, el camino más corto y llano de cometer sus crímenes, en principio sin motivación, sin móvil y sin un objetivo claro. Al menos, eso parecía.

Aquellos jóvenes hoy en día guardan silencio sobre lo que vivieron en aquel momento. Incluso callaron la horrible noche en la que las autoridades les preguntaron sobre lo que sabían. La noche en la que tuvieron, al fin, más de un sospechoso...

...

...

...

...

...

# HUIR

Sin darme cuenta, abandono mi apartamento compartido en la calle Princesa. A unos metros de Plaza España, mientras puedo, admiro el despuntar de los primeros matices violáceos alzarse en Moncloa. En Madrid, una vez más, despierta mi vida en un nuevo día que no augura nada distinto, nada nuevo, nada original en mi vida. Otra vez, y sin variación, puntual y perfectamente ubicada, como un clavo incandescente, una resaca insuperable, tras una nueva aventura nocturna que me ha destruido un poco más el alma ya casi consumida por vivir deprisa, sin pausas y sin reflexión. De nuevo, los labios secos y la cartera un poco más vacía que la madrugada anterior. Claro que lo recuerdo todo. Preciso, sin ápice de duda. Estoy seguro de los errores irreversibles que he cometido cuando aún la oscuridad arroja a las bestias pardas que decidimos ocultarnos en callejones para recibir a la lascivia en toda su adictiva y penetrante gloria; frecuentar espacios abarrotados de semejantes, de novatos ingenuos y de quienes conviven con la mortecina esperanza de que el amor de su vida se encuentra en alguna de esas esquinas donde los roces sin consentimiento, la hipersexualización o los estándares de belleza-clase-etnia, son los estamentos y cimientos de una conversación colectiva, aceptada y un contrato

universal del que nadie habla y pocos se quejan. El coloquio de los perros que se encuentran de noche y charlan, es más parecido a los cuadros de Coolidge que a una novela de Cervantes. Me escuecen los nudillos. Llevo la camisa ensangrentada... con su sangre. El nombre de Darío Remo aún se estremece en las puntas de mis dientes, me pincha la lengua y me escuece el interior de la boca como quien ha tragado ácido acético tras haber masticado cuchillas o tras haberlo besado. En ambos casos es igual de dañino. ¿Pensaría él lo mismo de mí? No es que yo pueda lanzar la primera piedra, aunque lo hubiera hecho si así hubiese dado la imagen que me esfuerzo en mantener. A veces es necesario cultivar rosas, aunque seas alérgico, para que nadie pueda juzgar tu jardín. Ese soy yo: Sebastián Montaner, el de la buena cara y las magdalenas envenenadas en una cesta perfectamente ordenada. Solo llevo una mochila con lo importante para sobrevivir en mi fuga: mi ordenador y mis dos novelas favoritas: Dorian Gray y Desayuno con Diamantes. Sí, Sebastián soy un cliché romántico y decadente consumido por su frivolidad y su pasión. Malas formas de mezclar la vida real con la literatura, la verdad... Si es que a lo que escribo se le puede llamar así. El conductor de la aplicación me recoge frente a Atocha... ¿o es frente a la Cuesta de Moyano? En cualquier caso, me bajo en la Estación del Arte. Vuelvo a escribirle y me responde que, en efecto, es en La Cuesta de Moyano. En la foto parece guapo, ¿quién no ha hecho eso? ¿Elegir a alguien, un desconocido con el que va a compartir varias horas de viaje, solo por su físico? Quizá ese sea el principal punto de tantos conflictos... De cualquier manera, con mi historial y mi horrible noche, que en mi fuga me pueda dar un capricho a este

mi cuerpo apaleado, y, especialmente jodido por las malas decisiones y las esquivas de un corazón roto, tampoco voy a empeorar mi karma. Bastante estás callando, Sebastián. Llega en su Mondeo gris. Tiene una estampilla del Betis. Si hubiese sido del Real Madrid, hubiera cabido alguna posibilidad, pero es del Betis. Es claramente hetero. Ah, vaya, al lado una foto de su novia. Es fea, por cierto. Me mira de arriba a abajo nervioso. Claramente, tengo un aspecto deplorable: ojeras de guardar un secreto durante mucho tiempo y, arrastrar una investigación que no me pertenece, un pelo grasiento de no haber superado el shock en el que aún estoy y la camisa ensangrentada de...

—Tranquilo. He tenido una noche mala. —Sonríe con el desparpajo propio de mi personalidad. Sí, el mismo que hoy me hace huir de la ciudad que más he amado en mi vida y la que, como a muchos, más me ha destruido.

—Me sorprende que vayas a Benidorm prácticamente con lo puesto. —Es simpático. Menos mal.

—Digamos que parte de mi hogar está ahí.

—Espero que realmente puedas explicarme por qué tienes sangre en la camisa.

—Si tú me explicas por qué eres del Betis. ¿Quién es del Betis? Sonríe. ¡Vaya! Me ha caído bien a un hetero. Claro que no es la primera vez. Si yo hablara, muchas novias se verían en la dura decisión de dejar a sus parejas infieles e hipócritas.

¿Será este el caso?

Me subo en el coche. En el asiento del copiloto, obviamente. Activé el GPS y antes de entablar una conversación real con él, mientras salimos de Madrid en un soberbio amanecer sobre los árboles de El Retiro que se intuyen ya bastante lejanos, llamo a mi mejor amiga. A una de ellas. Se sorprende, no entiende qué cojones hago largándome a las siete de la mañana de un domingo a su casa. Le digo que espere, que debe guardar paciencia durante más de cuatro horas hasta que llegue y le cuente todo, porque esa es mi intención: contarle todo y ya de paso contármelo a mí también.

**PARTE**  
**PRIMERA**



# 1

## ALAN

Hace chistes. Me río, a veces por compromiso, otras porque realmente me hacen gracia. No soy una persona que se pueda decir seria. Me río constantemente, a veces con maldad incluso, pero me río. Me lo paso bien y si de algo no tengo queja es de la genética que he heredado de mis padres: dentadura organizada, saludable y labios como las guindas de esos postres que no me puedo permitir. No me da vergüenza sonreír y hago que los demás lo hagan... Bueno, en realidad a veces consigo que los demás hagan cosas... cosas que quizá no hubieran querido hacer...

Su novia se llama Raquel. Un nombre sencillo para una chica que según la iba mirando, se hacía menos insoportable a la vista. Aunque podría hacerse las raíces del pelo al menos para las fotos. Me miro en el espejo, la sangre de Darío se ve peor de lo que me imaginaba.

Hace un recorrido más que evidente tiñendo los botones, el cuello y gran parte del lado izquierdo de mi torso, más abajo del corazón. Observo mis ojeras y mi pelo ya derretido por la cera pasada y la suciedad del ambiente. ¿Oleré mal? ¿Por qué no pasé por la ducha? Ah claro, estaba ella dentro. No quería encontrarme con Eire...

Llevo un rato muy largo mirándome en el retrovisor, el conductor se da cuenta. —Ha sido una noche muy larga.

—Imagino. Nadie va con ese aspecto a un viaje tan largo como este. Casi parece que huyes... —comenta sin dejar de mirarme de reojo a mí y a mi mochila. Pobre.

—Cuando viajo, parece que me voy a un evento importante. No soporto dar mala impresión... Pero mira, hoy eres un privilegiado por verme en mi estado natural. —Sonrío y abro la mochila. Por suerte, voy preparado: otra camisa de un color similar, colonia y enjuague bucal. Sebastián, te anticipas a ti mismo, pienso. Me cambio sin pudor y veo que la sangre me ha manchado el costado. ¿Cuánto puede sangrar una persona, por Zeus? El conductor me acerca una toallita húmeda que guarda en el salpicadero y logro adecentarme.

—¿Vas a contarme qué te pasó o tengo que seguir pensando que estoy llevando a un asesino conmigo? Lo miro completamente serio. Guardo la camisa en la mochila y vuelvo la mirada. —Hay cosas mucho peores que el asesinato, encanto —comento—. Es una historia

muy larga. —Doy por finalizado el tema. Aunque tengo la mente muy dispersa.

—Tenemos cuatro horas. En tu perfil pones que eres un acompañante hablador. Y yo voy al volante. Tú dirás. —Me cuesta adivinar si bromea o si lo dice en serio. Lo vuelvo a mirar. Me miro de nuevo en el espejo. El aspecto que tengo, aunque mejorado, no es ni de lejos la imagen que siempre he dado de mí mismo. Me falta energía, lustro.

Puedo notar la incomodidad recorriendo mi ropa interior y el cansancio en mis pies. Puedo sentir el lastre de una conciencia que exhala gritos de dolor, ante la tortura de permanecer en un cuerpo con una oquedad en el pecho. Los corazones una vez se rompen, se consumen y acaban por evaporarse al no saberse bien amados. Dejan un espacio entre el pulmón y la nostalgia que convierte al individuo en un desconocido. Cada vez que respiro noto el polvo de los sentimientos enterrados y, los gusanos que una vez fueron mariposas, secándose. No hay nada más difícil que aceptar una despedida, un error ya cometido, un presente frustrado. Si mis sospechas son ciertas, lo que estoy dispuesto a hacer va a cambiarme, por no decir joderme, para siempre. La humanidad, tan deficiente como siempre. Me enciendo un cigarrillo. Al conductor no le importa según pone en su perfil, tampoco me tomo la molestia de preguntarle: está ensimismado. ¿Qué hubiera dicho mi madre, latina acérrima, si me viera de resaca, con aquel aspecto y fumando con un desconocido? Ni siquiera sabe que he dejado la carrera...Ni siquiera se imagina lo culpable que es de tantas cosas...

—Pues...—No sé por dónde empezar. ¿Cómo he llegado hasta esta situación? Ni yo mismo puedo contestarme a eso. Han sido dos años trémulos, con altibajos, con infinidad de aventuras, tantas cosas que contar, tanta gente de la que hablar. ¿Cómo puedo explicarle a un simple mortal lo que es vivir de noche, mal, en una sociedad y en una atmósfera tan particular a la que pocos tienen acceso y nadie entiende? Me sigue mirando esperando mi relato. Me agobia.

—Es complicado. Ni yo mismo sé cómo... cuándo...

—Toda historia tiene un principio. Si huyes de Madrid será por algo.

¿Quién iba a decir que aquel simple muchacho, no mucho más mayor que yo, forofó del Betis, iba a dar en el clavo?

## 2

*Dos años atrás...*

Aterricé en Madrid con los mismos sueños y esperanzas que cualquier joven de pueblo o ciudad pequeña, o como un artista convencido de que la gran ciudad haría realidad sus aspiraciones. Aunque no provenía de un pueblo y, aunque pareciera lo contrario, tampoco me consideraba un artista. Llegué a Madrid hacía dos años con los mismos sueños y esperanzas de un chico de pueblo o ciudad pequeña, de artista que cree que se van a hacer realidad en la gran ciudad. Solo que yo no venía de un pueblo y aunque lo pareciera, no soy un artista. Nací en Colombia y carezco de acento porque fui criado en el gran infierno sin salida que me parecía Talavera de la Reina, Toledo. Es una ciudad, en eso no he mentido.

No me considero artista porque, aunque admiro el arte como el instrumento para cultivar la belleza y engrandecer al ser humano, como la herramienta para hacernos pensar, sentir y cuestionarnos, a duras penas consigo juntar dos versos y hacer una prima hermana, pobre y sin dientes, de la poesía. Mi verdadero sueño no

era pisar los grandes teatros de la capital ni cantar en un escenario con millones de fans enfermos de euforia y ciegos de verdad. Mi sueño era ir a la universidad. Y al salir de ella, si todo salía bien, escribir un libro, publicarlo y trabajar en una oficina. Un trabajo donde siempre hubiera que ir en traje, donde hubiera café caliente y pudiera ir las veces que quisiera a la fotocopidora. Recibir llamadas de mi editor o de mi editora y empaparme de otros autores y tener acceso a toda clase de privilegios que tienen los grandes escritores: respeto, reconocimiento en la Historia, admiración... Alguien como yo tiene sed de todo aquello que nunca ha poseído.

Fui el segundo de mi clase y aunque todos mis profesores decían que, con mi forma de ser, mi perseverancia y mi ambición, bien utilizada, podía llegar muy lejos, me marché del instituto siendo Sebastián, el sudaca maricón. Aún me duelen las patadas en la cabeza de los libres y expresivos nazis que deambulan (en presente porque es una cosa tan actual que asusta) por Talavera como si aquella ciudad con ínfulas de capital fuera suya. Sí. La sociedad sigue teniendo manzanas podridas que opinan abiertamente que el veneno son el resto de las frutas, frutas magulladas como yo. Por suerte en mitad de todo aquel *bullying* y a espaldas de una sociedad que sigue defendiendo lo indefendible, encontré el que sería el amor de mi vida (al menos durante seis años sí lo fue). Alan me sacaba siete años. Así que digamos que nuestra relación no fue del todo lícita siendo yo menor de edad, pero tuvimos el amparo y el beneplácito de mis padres. Con él nada podía ir mal. Estaba conmigo cuando no conseguía mis

sobresalientes, me recogía del instituto y me curó tantas veces las heridas de la cara después de los frecuentes empujones accidentados en los pasillos, que se sacó un máster en enfermería. Estaba conmigo cuando recibí la nota de la universidad. Una nota que marcaría nuestras vidas, pues si no llegaba a ella, no podría estudiar lo que quería y si no estudiaba lo que quería, Madrid se convertía en un sueño de polvo que acabaría por escapárseme si soltaba todo el aire al rendirme. Mantuvo la fe cuando yo ya no la tenía y cuidó de mí cuando caí enfermo de sobreexigirme. ¿Sabes lo que es que alguien permanezca a tu lado cuando solo puedes mostrar lo peor de ti? Los tres primeros años pasaron a una velocidad vertiginosa, mi adolescencia se esfumó mucho antes de lo naturalmente estipulado. El sufrimiento hace madurar hasta los cuerpos más infantiles y, cuando quise darme cuenta, estábamos durmiendo de prestado en casa de una conocida suya, mirando pisos y buscando trabajo.

Quedaban tres meses para empezar el curso y no tenía nada más que algunos intocables ahorros que consiguió mi madre en sus horas extra en un restaurante, una beca que me dieron ya ni recuerdo de qué, y de un año entero cuidando de niños ajenos que me irritaban; limpiando los portales de los nazis que me habían odiado en el instituto y sirviendo mesas en un bar donde pasaba de todo, menos el tiempo. Después de mucho buscar, al fin conquistamos a un propietario particular, mintiendo. Afirmamos tener contratos indefinidos, nos pusimos las mejores prendas que teníamos y horneé algunas galletas. Te parecerá mentira, pero me presenté con las galletas y la mejor de mis sonrisas y pronto adiviné lo que el casero necesitaba, lo que quería oír y,

aunque el adulto que causaba confianza era Alan, yo no dejé de mirarlo a los ojos en todo nuestro diálogo. No le importó que fuéramos dos chicos para un mismo habitáculo, solo quería gente de fiar y cobrar religiosamente todos los meses. El trato se selló con un apretón de manos y luego tiré las galletas. Me habían quedado saladas. Solo cocino para que parezca que soy útil, odio la repostería y siempre queda bien recibir a la gente con algo de comer. Si la música amansa a las fieras, la comida las distrae. El piso era una diminuta caja de zapatos a diez metros de la parada de Usera. En cuanto vi aquel apartamento sin ascensor ni telefonillo, supe que sería muy feliz viviendo en él. Las paredes estaban tapiadas con espejos y el balcón daba a una calle donde dos fruterías se disputaban por ser la más destacada del barrio, donde un restaurante chino guardaba una decoración impecable y una cafetería colombiana abría de lunes a domingo. Solo había un problema: no veía dónde conseguir un kebab. El piso solo disponía de una cama. Debíamos contratar internet, comprarnos una televisión y algunos muebles más. La cocina al menos estaba reformada a la perfección. Prometo que todo en aquel reducido y acogedor piso reformado, ideal para una persona o una pareja, por el que pagábamos casi quinientos euros al mes, merecía la pena. Al menos era nuestro.

Nuestro espacio. Nuestro hogar.

Al fin Alan encontró trabajo en una academia de inglés a media jornada y yo en un bar de Moncloa. Sin duda, un lugar que nunca podré olvidar... Entre los dos podíamos vivir perfectamente sin ahogos. Nuestras

facturas estaban al día y nuestra relación cada día iba mejor. Nos conocíamos a la perfección. Desayunaba sin falta sus cereales en el tazón más grande que teníamos y mientras calentaba la leche, me ponía la cafetera. Me despertaba muchas veces con besos en la mejilla o me acercaba la taza a la cama. No siempre. Había mañanas que sabía perfectamente cómo me iba a levantar si había tenido una mala noche y sabía que al día siguiente lo mejor era marcar distancias. Siempre tuve problemas para dormir, mi cabeza es un vertedero de ideas que se enquistan hasta que no les doy forma. Por lo que casi siempre estoy escribiendo. O hablando. Alan en eso, era muy bueno: en escuchar. Él siempre fue muy reservado, muy atento. No obstante, cuando hablaba, ponía el acento, la tilde en la sílaba correcta de mis ocurrencias... Jamás habría terminado mi primer relato si él no lo hubiera llegado a leer. Quedé segundo en un concurso local, pero sé que, si él no lo hubiera revisado, habría perdido. El día que tuve que leerlo delante de un atril ante todos aquellos desconocidos, se lo dediqué. Aquella noche nos besamos en mitad de todo aquel gentío sin importarnos nada más. A veces nuestra realidad distaba mucho de nuestra relación, a veces solo nos importaba lo que pensara el otro, solo nos importaba lo que hacía el otro, siempre entregados a la satisfacción personal de tener en nuestro conocimiento que el otro era feliz. Posiblemente él lo fuera más. Posiblemente él se desgastó de amarme como lo hacía y, posiblemente, nunca sabré corresponder a nadie como él lo hizo conmigo. Alan no era muy hablador, pero se comunicaba con gestos. Sabía, por ejemplo, que le irritaba que dejara mis zapatos en la entrada. No los dejaba tirados, simplemente me los quitaba y los

colocaba ahí por si tenía que volver a salir. Pero él siempre los metía en el zapatero. Era metódico. Disciplinado. Odiaba el desorden y, antes de que yo me levantara, ya había limpiado.

Luego yo limpiaba por encima, si así lo tenía programado, pero me daba cuenta. Sabía que odiaba las multitudes porque cuando le proponía que viniera con mis compañeros de carrera a alguna fiesta, endurecía sus labios. Su finos y pálidos labios a los que tanto me costó acostumbrarme, pero que tanto me gustaban. Todo en él me gustaba. Sus enormes ojos verdes, «limpios de maldad», como decía mi madre. Su figura esbelta, frágil. Su piel blanca tan en contraste con la mía cuando nos duchábamos juntos. Su pelo negro y lacio a la altura de las cejas. Su eterna adolescencia. Era mayor que yo, sí, pero puedo asegurar que yo siempre aparenté más. También dormía peor, bebía más y comía muchas más porquerías que él. La época en la que fui al gimnasio, comencé a crecer y me empezó a salir barba, no tengo en mi genética el ser velludo, pero, en aquel momento, casi parecía tener su edad cuando apenas cumplía veinte años. Ahora no lo parece porque de repente perdí peso... y no he dejado de perderlo desde entonces. Alan fue mi salvador en tantas ocasiones como gente hay en el mundo. En mi carrera la asignatura de Economía se me había atascado en la garganta como una jodida espina del cuerpo inerte de un pez. Odio el pescado, así que imagínate Economía.

Él en cambio, siendo profesor, con su carrera terminada y su sobresaliente inteligencia, supo tenerme paciencia y explicármelo. Siempre me sorprendía todo lo

que se ocultaba en su cabecita. Suspendí tres veces aquella asignatura, dos años después dejé la carrera... Ahora nos reíamos los dos porque, tanto él como yo, sabemos que no tengo remedio. En otra ocasión salí a comprar y olvidé la cartera. Estaba alteradísimo porque creía que la había perdido, soy una persona que jamás olvidaría su cartera, las llaves o el teléfono. Me tienen que robar para que eso ocurra. Pero en efecto, confundí su chaqueta con la mía (a veces vestíamos parecido si nos gustaba la misma prenda, otras, directamente me ponía su ropa. Le disgustaba que se la estirase, pero olía a él y a mí me quedaba mejor. Eso le decía, aunque no fuera verdad). Alan se percató en cuanto salí de casa y corrió hasta el supermercado con ella en la mano, mucho antes de que yo pudiera avisarlo. Y, además, añadió el suavizante de la ropa que también lo había olvidado y era a por lo que había ido. Cuando llegamos, ya tenía la comida hecha y ese día me dio tiempo a estudiar antes de irme a trabajar. Por la noche me dejaba la cena guardada para que no me acostara muy tarde. Nunca sabré hasta qué punto cuidaba de mí, en qué más cosas no reparé o si yo realmente hice los mismo por él. Otras veces creo que era la mejor forma de corresponder sus carencias porque, claramente, las tenía. Desde que nos conocimos y seis años después, Alan y yo manteníamos una relación sexual complicada. Vivíamos con nuestros padres y tampoco es que se nos dejaran intimidad. Creí que al irnos a vivir solos la cosa cambiaría. No fue así. Él ya había pasado por la universidad, era un hombre de veintisiete años y yo apenas había conocido a dos tíos en mi vida. Con el triste aquel con el perdí malamente la virginidad en unas fiestas en el pueblo de Calera y Chozas, alejados de la multitud, dejando mi preciosa

camisa Oxford de Ralph Lauren de segunda mano manchada de césped. No me valió de nada aquel polvo mal echado, corto, doloroso y poniéndome en peligro ante *beteritos* homófobos dispuestos a romperme los dientes, mientras que mi camisa azul celeste quedó para siempre verde amarronada. Y luego él, Alan, con el que descubrí que el sexo podía ser intenso, divertido, íntimo. Pero también sucio, incómodo e hiriente.

Él, como en sus emociones o en sus pensamientos, era impenetrable además de abstemio y, con inexistentes necesidades de contacto físico más allá de un abrazo o un beso. Yo, en cambio, cada noche quería un poco más de él. No solo su lengua en mi boca, no solo su respiración en mi nuca, no solo sus piernas entrelazadas con las mías, no solo quería tenerlo dentro... También quería estarlo yo. En nuestros encuentros sexuales siempre se dieron unas faltas de correspondencia que en efecto venían de su inapetencia... Me conformaba. Cuando quieres a alguien por encima del contacto físico, o en mi caso, ves que tu vida es perfecta tal y como está, que estás construyendo algo estable y duradero como pocas parejas en el mundo consiguen; que ya solo os queda matizar esto o aquello y realmente percibes tu vejez al lado de esa persona como esos matrimonios que ves por la tele que son la esperanza de que el amor dura para siempre, te conformas. Tenía veinte años y llevaba soñando con una vida de éxito, un marido perfecto y una cocina limpia y reformada desde los doce. Y lo estaba consiguiendo, lo tenía, en pequeño, en un barrio de clase trabajadora a veinte minutos del centro. No iba a permitir que un resquicio dentro de mi necesidad humana estropeará todo aquello. Eso me repetía cada

noche que mis apetencias se veían frustradas por su negativa. Claro que hacía lo posible por evitarlo, claro que lo expresaba, con educación y respeto para que supiera de mí y tuviera en cuenta mis sentimientos como yo tuve los suyos, pero yo siempre quería más. Más de él. Y él cada vez, según pasaban los meses, quería cada vez menos. Hoy en retrospectiva sé que muchas de las veces que tuvimos sexo, él se forzaba a hacerlo para hacerme feliz, aunque no lo disfrutara. Y sé, muy a mí pesar, que pocas veces él disfrutó de mí como yo de él. Y podría un tribunal condenarme porque posiblemente haya coaccionado a la que era mi pareja para mantener relaciones sexuales, sin ser yo consciente realmente de mi delito. Los hombres estamos metidos en nuestra burbuja de privilegios y creemos que el mundo es nuestro, que las personas son nuestras y que podemos hacer con nuestro miembro viril, los que lo poseemos, lo que nos venga en gana. Menos mal que nací sin dinero, menos mal que nací con este tono de piel tostado, de lo contrario probablemente sería la peor escoria que habita hoy las cúpulas más poderosas. No lo digo por ti. Lo digo porque cuando fui consciente de mi enfermiza necesidad, mi vida comenzó a caer en picado hasta el punto de llegar a huir de Madrid.

A huir de mi vida.

